

IGUAL LUIS, David; NAVARRO ESPINACH, Germán (coords.), *El País Valenciano en la baja edad media. Estudios dedicados al profesor Paulino Iradiel*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2018, 366 pp., ISBN: 978-84-9134-222-9.

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.20.2019.388-392>

Desde la jubilación en 2015 de Paulino Iradiel Murugarren (Miranda de Arga, 1945), el que ha sido el principal catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valencia entre los años 80 y principios del siglo XXI, se han sucedido diversas publicaciones que conjuntamente pueden servir para hacer balance de su dilatada y consistente trayectoria. En primer lugar, la *laudatio* académica realizada por el también catedrático Antoni Furió Diego, disponible en línea en el número 67 del año 2017 de la revista *Saitabi*, en la que, además del contexto universitario de su producción historiográfica, se hallan recogidos los títulos de sus más de setenta publicaciones. En segundo lugar, su libro *El Mediterráneo medieval y Valencia. Economía, sociedad, historia*, también de 2017, que no solo representa en sí mismo una buena muestra del recorrido investigador del autor, sino que además incluye el prólogo «Paulino Iradiel, historiador crítico del medievalismo», escrito por sus discípulos David Igual Luis y Germán Navarro Espinach, que repasan con cierto detalle la evolución de su carrera y sus posicionamientos. Finalmente, estos dos mismos profesores han coordinado la obra aquí reseñada, que recoge textos de once de los veintiún historiadores que realizaron la tesis doctoral bajo su dirección en Valencia entre 1984 y 2008, presentados por orden alfabético.

En este sentido, la inmensa mayoría de ellos reflejan de manera coherente los principales intereses del propio Iradiel, especialmente centrados en el conocimiento de las estructuras económicas del reino bajomedieval de Valencia en el contexto del Mediterráneo occidental y su integración en una reflexión de conjunto sobre los fundamentos globales de las formaciones históricas. Así, por ejemplo, tres son los trabajos que abordan cuestiones relativas a la producción y el trabajo –los de Antoni Llibrer Escrig sobre la manufactura cerámica en Paterna, Germán Navarro Espinach sobre los pelaires de Valencia y Pau Viciano sobre los jornaleros agrícolas–, cuatro los que se refieren a las transacciones económicas, los negocios y la circulación de capitales –los de Enric Guinot Rodríguez sobre la aparición de mercados y ferias, Carles Rabassa Vaquer sobre los inicios de la implantación de los Datini en Sant Mateu, Joaquín Aparici Martí sobre el tintorero e inversor Bernat Sorell y David Igual Luis sobre giros dinerarios entre Valencia y Cerdeña– y dos más los que tratan sobre la fiscalidad y las finanzas –los de Antoni Furió sobre la deuda municipal en el conjunto de localidades valencianas y Ferran Garcia-Oliver

sobre dicha deuda en la villa de Gandia-. Finalmente, otros dos artículos completan el libro, relacionados en parte con el trabajo desarrollado en las propias tesis doctorales de sus autores –los de Nieves Munsuri Rosado sobre el milenarismo apocalíptico en la Corona de Aragón y José Bordes García sobre la documentación judicial valenciana–.

En concreto, el texto de Antoni Llibrer, «*Obradors, palaus i forn*s. Infraestructura, costes y praxis manufacturera en la cerámica: Paterna (1403-1405)», analiza mediante la información procedente de diversos contratos notariales las estructuras de dicha producción en una de las dos localidades valencianas, junto a Manises, que se especializó en el trabajo ceramista entre finales del siglo XIV y principios del XV. En aquellos momentos ya eran varias decenas de miles las piezas realizadas anualmente, como fruto de un cambio progresivo en las formas de organización de la producción, el cual, a su vez, ya estaba dando lugar a un primigenio proceso de integración y concentración de la gestión del negocio en unas pocas empresas familiares, como las de los Alcodorí, Alazfar, Benet, Guillem o Luna, que controlaban la manufactura y la posterior comercialización. Para dicho trabajo se necesitaban talleres –habitualmente con cuatro o cinco tornos–, hornos, patios de secado y almacenes con una ubicación específica, cerca de acequias y caminos principales, para facilitar la logística de la producción, que solía ser contratada a crédito a los artesanos locales por parte de aquellas familias destacadas, que además intentaban controlar también los cargos del gobierno municipal para favorecer su propia posición de poder.

En relación con dicho mundo del trabajo artesanal, Germán Navarro Espinach titula su aportación «El oficio de los pelaires de Valencia a través de sus asambleas de 1452-1481», aunque en realidad traza una panorámica evolutiva del colectivo desde su formación a finales del siglo XIII, como resultado del progresivo desarrollo de la manufactura lanera en los principales núcleos económicos de la Corona de Aragón. Así, a partir de la década de 1380 documenta tres grupos diferentes dentro del oficio, correspondientes a los que pertenecían a una cofradía de maestros, a otra de oficiales y a los que no estaban asociados a ninguna de las dos –los *exemps*–, aunque finalmente se acabaron uniendo todos en 1477 para intentar controlar y monopolizar la producción. No en vano, junto al de los *velluters* o terciopeleros, el de los pelaires era en aquellos momentos el oficio más importante de la capital valenciana, según indica el número de 384 artesanos que el autor censa entre 1452 y 1481, como posible punto de inicio a un posterior estudio prosopográfico, que es otro de los campos en los que han destacado claramente los grupos de trabajo de Paulino Iradiel.

Asimismo, el propio Iradiel siempre se ha caracterizado por los intentos de sistematizar y realizar aportaciones de ámbito global en el privilegiado –por sus abundantes fondos archivísticos– laboratorio medieval del Reino de Valencia. Es lo que intenta hacer también Pau Viciano en «*Treballar per a altri. Els jornalers agrícoles al País Valencià a la fi de l'edat mitjana*», al tratar de estimar los rasgos y

la importancia del trabajo jornalero en la agricultura valenciana del siglo XV, combinando documentación judicial, municipal y contable. Sus conclusiones son que en las comunidades rurales los jornaleros solían ser campesinos de la misma localidad con explotaciones muy reducidas, por debajo de las 1,25 ha, lo que les obligaba a complementarlas con trabajos remunerados, mientras que en la ciudad de Valencia y su huerta solían serlo trabajadores directamente sin tierras, muchas veces recién llegados de otras zonas, como Castilla, Aragón y Gascuña. En todo caso, cabe indicar que, como es sabido, tenían un peso minoritario dentro del campesinado –un grupo social con el que se sentían plenamente identificados a pesar de las evidentes desigualdades–, ya que, por ejemplo, en el área de Valencia serían unos 1.000 o 1.500 a finales de la edad media, en contraste con los hasta 8.000 campesinos con tierras que podía haber en aquellos mismos momentos, de un total de unos 70.000 pobladores en la zona.

Por otra parte, entre los artículos dedicados a las transacciones económicas, Enric Guinot dedica el suyo a hablar de «Colonización feudal y ordenación económica de un territorio de conquista. La fundación de mercados y ferias en el primer siglo del Reino de Valencia (1233-1350)», en el que, a través de un análisis cronológico y espacial, evidencia que el proceso de establecimiento de dichos puntos de comercialización no fue tan veloz como *a priori* se pensaba y, por lo tanto, la integración de las relaciones mercantiles del reino no pudo comenzar a producirse en realidad hasta entrado el siglo XIV. Igualmente, también se observa que no hubo una planificación racionalizada en términos económicos o geográficos en la formación de las veinticinco ferias y cincuenta y nueve mercados documentados, ubicados fundamentalmente en las áreas urbanas o semiurbanas de predominio poblacional cristiano, sino que su instalación dependió en buena parte de las propias relaciones feudales de poder –quedando como una incógnita la razón por la que algunos de los núcleos urbanos más destacados del reino, como Dénia, Ontinyent y Lliria, no llegaron a disponer de ferias propias–.

En relación con ese desarrollo de las relaciones comerciales, Carles Rabassa escribe sobre «*Si res avets mester en aquesta terra... Els orígens de l'agència datiniana de la vila de Sant Mateu (1393-1397)*», en que, mediante el estudio de la correspondencia conservada en el fondo Datini del Archivio Storico di Prato, analiza la aproximación de dicha compañía mercantil al activo mercado de lana de la comarca de Els Ports antes de la instalación definitiva de un agente en Sant Mateu a partir de 1397. En concreto, durante los años previos, el factor que estaba organizando la implantación de la compañía en Barcelona, Mallorca y Valencia comenzó a comprar cargas de lana a través de mercaderes toscanos de la capital catalana y de dos corresponsales ubicados en dicha villa, primero Michele Franco o Miquel Franc –no queda claro si itálico o de la zona– y a continuación el mercader local Francesc Subirats, con quien acabaron surgiendo disensiones por el propio objetivo que perseguían los Datini en dicho mercado, esto es, monopolizar toda la

lana, comprándola a altos precios a los propietarios de los ganados, lo que evidentemente perjudicaba al resto de agentes comerciales implicados.

En aquellos momentos debía comenzar su carrera como tintorero el ampurdanés instalado en Valencia Bernat Sorell –quien posiblemente no nació en 1357, como se ha afirmado sin prueba documental, sino más pronto hacia 1370, como parecerían indicar su matrimonio en 1397 y su muerte en 1453–. Sobre él habla Joaquín Aparici en «Bernat Sorell, tintorero, ciudadano de Valencia, señor de Geldo (primera mitad del siglo XV)», reconstruyendo con abundante documentación notarial su trayectoria típica de artesano enriquecido, finalmente convertido en mercader, hombre de negocios, comprador de inmuebles, inversor en rentas y poseedor de un pequeño señorío, con la particularidad en este caso de que, según cuenta la tradición –a la que apeló el cronista del siglo XVII que aportó la información–, su fortuna se produjo de manera fortuita, al encontrar 20.000 ducados en doblones de oro escondidos en unos barriles de pólvora e índigo que había comprado en el grao de Valencia a unos corsarios musulmanes, que los habían obtenido del asalto a un navío inglés en aguas del Atlántico.

Finalmente, también en relación con el mundo de los negocios y las finanzas, David Igual escribe sobre «Valencia, mercado de capitales. Un ejemplo de giros dinerarios entre 1490 y 1492, relacionados con Cerdeña». En dicho trabajo, mediante el análisis detallado de los datos contenidos en una serie de letras de cambio, complementados con informaciones notariales, se constata, por un lado, la complejidad de los circuitos financieros de la época; por otro lado, el recorrido de algunas redes multilaterales de pagos entre Valencia, Cagliari, Génova y Savona; y, en último término, la relación entre dicho tráfico financiero y el entorno de las instituciones estatales, que impulsaron la consolidación de auténticos mercados de capitales, como el que gravitaba en torno a la propia urbe valenciana, una de las metrópolis de la Europa del momento.

Ello queda bien constatado en el estudio de Antoni Furió sobre «El deute públic municipal al Regne de València en la baixa edat mitjana. Un assaig de quantificació», en el que muestra que más de un tercio del volumen total de los intereses debidos por los municipios valencianos correspondía a la propia capital. De hecho, su artículo, gracias a proyecciones realizadas a partir de los abundantes trabajos parciales realizados hasta la fecha, no solo estima el volumen total de la deuda municipal valenciana a finales del siglo XV –unos 3.000.000 de sueldos en intereses–, sino también la carga financiera per cápita –unos 50 sueldos por familia y año–, así como su papel estructural en la consolidación de las haciendas municipales, ya que era su principal gasto, y su función primordial de desvío del esfuerzo fiscal de los contribuyentes a unas pocas manos: las del patriciado urbano de la misma ciudad de Valencia y algunas élites locales de las villas y lugares, con un progresivo aumento de las capas nobiliarias en dicho negocio al avanzar la edad moderna. En este sentido, la visión aportada por el autor al debate historiográfico sobre los perjuicios o beneficios causados a la colectividad por el desarrollo de la

deuda pública tiende a una visión negativa, dado que, en conjunto, ayudó a incrementar las desigualdades, no estando claro que favoreciese el crecimiento económico al mismo tiempo.

En la misma línea se insiere también la perspectiva ofrecida por Ferran Garcia-Oliver en su «Memòria fiscal i escalada del deute en una vila valenciana medieval. Gandia a través dels seus comptes», en que estudia tres balances de las cuentas municipales de 1405, 1435 y 1487, constatando el aumento progresivo de la deuda y su destino final a las arcas de los señores y los prestamistas, que con su acción estrangulaban los márgenes de maniobra de la institución comunal.

Finalmente, como hemos indicado, también se incluyen en el libro otros dos capítulos no tan estrictamente relacionados con cuestiones económicas, pero sí con las tesis doctorales de sus autores, que el homenajeado Paulino Iradiel dirigió. Son el de Nieves Munsuri sobre «La dinámica de la espiritualidad en la baja edad media. Apocalipsis y milenarismo en la política de la Corona de Aragón, siglos XIII-XV», en que enfatiza los usos políticos y pedagógicos del milenarismo de algunos religiosos y teólogos de la época –como Arnau de Vilanova, Pere d’Aragó, Vicent Ferrer, Anselm Turmeda, Francesc Eiximenis, Isabel de Villena y un anónimo clérigo catalán–, y el de José Bordes sobre «La documentación judicial de la ciudad de Valencia durante la baja edad media», en que, tras describir los fondos y series conservados en el Archivo del Reino de Valencia en relación con los principales tribunales del período –que conforman casi 3.000 volúmenes–, reflexiona sobre las posibilidades de abordar estudios sistemáticos de dicha documentación, todavía muy poco utilizada en comparación con la de otros ámbitos.

En definitiva, esta obra es una buena muestra de muchos de los campos explorados por la historiografía bajomedieval valenciana en las últimas décadas, como consecuencia de los intereses y enseñanzas de Paulino Iradiel Murugarren.

Vicent BAYDAL SALA
Universitat Jaume I de Castelló
baydal@uji.es